

EL SOBERANO REMATADO

(ÚLTIMO DE LOS LEGAJOS HALLADOS EN EL BAÚL DEPOSITADO POR JOHN WATSON EN LA CÁMARA ACORAZADA DE LA SEDE LONDINENSE DEL BANCO COX & CO., PARA SU APERTURA CUANDO HUBIERAN TRANSCURRIDO CINCUENTA AÑOS DE SU MUERTE)

Alfredo MORENO

In mis muchos años de largo y hondo conocimiento del señor Sherlock Holmes nunca llegué a verlo de peor humor que al regreso de nuestra infortunada aventura en Inverness. Durante las grises y tediosas jornadas de encierro y apatía que siguieron a nuestro retorno de Escocia no supe discernir si su pesadumbre y su postración se debían más a la decepción de no haber hallado solución satisfactoria al misterio que rodeaba los extraños sucesos acontecidos en el lago Ness, a que su hermano Mycroft se le hubiera adelantado en la averiguación de todos y cada uno de los hechos cruciales que condujeron al callejón sin salida en que desembocó el caso, o si era tal vez producto del sentimiento de pérdida y añoranza florecido tras la detención y deportación de cierta hermosa dama cuya implicación en el asunto derivaba de sus turbias maniobras de diplomacia y espionaje al servicio de los alemanes y en contra de los intereses de nuestra nación. Permanecía interminables horas acostado en el sofá, envuelto en su arrugado batín, entre suspiros lánguidos, sin afeitarse ni arreglarse ni probar bocado, la mirada perdida en el techo a la caza de respuestas a preguntas inexistentes, dando profundas y prolongadas caladas a su pipa de brezo, con la funda del violín como almohada y los periódicos sin leer acumulándose en esparcido desorden sobre la alfombra, permitiéndose únicamente esporádicas y desesperadas excursiones al laboratorio en busca de inspiración científica o de consuelo químico con que burlar su indolencia. A su estado melancólico y deprimente se añadía el acostumbrado efecto que causaban en él los dilatados periodos de inactividad, la escasez de intrigas dignas de servir de alimento a su materia gris, de enigmas que precisaran esclarecimiento y que paliaran su constante necesidad de mantener en adecuada forma el enrevesado engranaje de su intelecto. En aquellos días tan solo un cliente, un atribulado y sudoroso hombretón que dirigía un circo francés por entonces instalado en Rochester, traspasó el umbral del 221-B de Baker Street para solicitar sus servicios, pero Holmes, tras escuchar indiferente el entrecortado y vacilante relato de los motivos que le habían traído hasta nosotros, lo despachó impertérrito, proclamando que la desaparición de su esposa no era tal, sino fuga voluntaria en compañía de un apuesto y acicalado empleado de la embajada de algún país americano. Poco

interesado personal y profesionalmente en vaivenes matrimoniales y peripecias románticas, al menos aquella noche logré convencer a mi amigo de que saliera de su abandono y me acompañara a disfrutar de la alabada interpretación de Sinclair Hutchens en el aplaudido montaje de *Macbeth* que venía representándose en el Royal Victoria Hall desde hacía semanas. Perdimos algo de interés en la obra al ser Hutchens sustituido por su suplente, nada incompetente pero tampoco sublime, a causa de encontrarse aquejado de una rara y repentina indisposición de la que apenas se dieron detalles; no obstante, pese al ligero revés, el episodio pareció servir de revulsivo a Holmes y le predispuso favorablemente a volver a ser el de siempre cuando, ya de vuelta en casa, el ansiado nuevo misterio llamó por fin a nuestra puerta.

Al irrumpir en la sala, el primero de los dos hombres que nos aguardaban, un joven elegante y distinguido, espigado y de mostacho y cabellos muy rubios, se puso en pie de un salto como movido por un resorte, mientras que el otro, de rasgos extranjeros, tal vez español, ya maduro y bastante más grueso, de oscuros cabellos encrespados, nariz ancha y labios abultados y muy moreno de piel, con un porte que en otro tiempo debió aproximarse a lo aristocrático pero que ahora se apreciaba consumido por la inquietud, el nerviosismo y cierta dejadez e improvisación en la indumentaria, se mantuvo sentado con las piernas encogidas, aferrado a su bastón de puño de plata, pasando una y otra vez un largo pañuelo blanco por el rostro desencajado y húmedo, sumergido en pensamientos que no auguraban nada halagüeño.

Holmes, súbitamente imbuido de nuevas energías, expectante, ávido, rozando casi la euforia, invitó a nuestros visitantes a acomodarse y a exponer con calma y orden los hechos que precisaban de la intervención de un detective consultor.

—Siéntense, por favor, y díganme cuál es la dimensión de la crisis internacional a la que nos enfrentamos —el joven rubio quedó por un instante desconcertado, como si le hubieran arrebatado de los labios el hilo con el que pensaba tejer su discurso—. Lo siento, no quería adelantarme a sus explicaciones. Solo me proponía ahorrar tiempo y pormenores innecesarios. Es evidente la urgencia de la situación, que usted es miembro del cuerpo diplomático, me atrevo a suponer que desde hace muy poco tiempo, puede que días o semanas, y que el señor que le acompaña es ciudadano mexicano —añadió Holmes, señalando consecutivamente la desarreglada vestimenta del hombre maduro, el bastón, el sombrero y la cartera de piel, todos con aspecto de recién estrenados, que reposaban junto al asiento de su compañero rubio, y, de nuevo fijándose en el hombre moreno, la insignia de un águila con una serpiente atrapada en el pico que mostraba en la solapa de su traje marrón.

—Está claro que hemos venido al lugar adecuado —murmuró a su acompañante el hombre rubio, una vez repuesto de su sorpresa, antes de aclararse la voz y proseguir—. Mi nombre es Archibald Christopher Aubrey-Smith y, en efecto, hace una semana que ingresé en el cuerpo diplomático de Su Majestad. Este caballero, acierta usted de nuevo, señor Holmes, es don Luis Atienza, antiguo representante ante la Corona de su Alteza Imperial Maximiliano I de México —hizo un alto y, visiblemente perturbado e inseguro, continuó—. Y... esa es justamente la cuestión... Que no estamos seguros de que no deba seguir actuando como su... representante.

Holmes y yo cruzamos una mirada interrogante.

—Como sin duda saben, hace años que el emperador fue fusilado por los juaristas. En concreto —añadió, tras consultar una tarjeta que extrajo del bolsillo interior de su chaqueta—, el 19 de junio de 1867, en un lugar llamado Querétaro. Después, embalsamaron el cadáver y lo trasladaron a Ciudad de México para su exhibición pública, incluso existen fotografías. Más tarde, una fragata austrohúngara embarcó el féretro en el puerto de Veracruz para transportarlo a su tierra de origen. El sepulcro de Maximiliano se encuentra en la Cripta Imperial de la Iglesia de los Capuchinos, en Viena —Aubrey-Smith se frotó las manos antes de concluir, visiblemente inquieto—. O, al menos, eso creíamos.

La mirada que nos lanzamos Holmes y yo esta vez fue de incredulidad.

—¿Quiere decir que han profanado su tumba y robado el cadáver? —inquirí— ¿Y qué podemos hacer nosotros? ¿Sospechan que han traído el féretro a Londres? ¿Con qué fin haría alguien una cosa así?

—No, señor Watson. Creemos que el emperador puede seguir vivo.

La afirmación de Aubrey-Smith nos dejó perplejos. Holmes adoptó un aire reconcentrado, su mirada adquirió el habitual cariz penetrante propio de los momentos en que su cerebro entraba en ebullición. El asunto, no cabía duda, le intrigaba, había disparado todos sus instintos y su maquinaria deductiva funcionaba ya a pleno rendimiento.

—¿Qué les hace pensar eso? —insistí.

Atienza tomó la palabra.

—Hace dos noches, mientras trabajaba en unos asuntos privados en mi gabinete, el emperador vino a verme. Salió de la nada. Simplemente, se abrió la puerta, y allí estaba.

—¿Así, sin más? ¿Se materializó delante de usted como un fantasma? —pregunté.

—Claro que no. Escuché a alguien tras la puerta, por eso levanté la vista del escritorio. Creía que mi criado venía a recibir las últimas instrucciones antes de retirarse, pero no era así.

Holmes salió automáticamente de su aparente letargo.

—Tonterías —dijo Holmes—, he escuchado antes esa leyenda de que Maximiliano sobrevivió al fusilamiento. Incluso hay quien dice que vive en Centroamérica con una nueva identidad. Algunos dudan de su muerte porque el acceso al cuerpo de los fotógrafos fue restringido y los aprovechados hicieron circular imágenes de falsos cadáveres del emperador. Se informó de que su madre, la archiduquesa Sofía, no reconoció a su hijo cuando vio el cadáver en Viena, pero nadie más allí afirmó que no se tratara de Maximiliano. También dicen que Juárez le perdonó la vida y preparó un simulacro de fusilamiento y le ayudó a escapar a causa de su mutua pertenencia a la masonería; de ser cierto esto último, podría explicar los repetidos ofrecimientos de Juárez a Maximiliano para permitirle la salida por mar hacia Europa durante el asalto a Veracruz, pero no es verosímil que pudiera engañar a tantas personas con la puesta en escena de una ejecución teatral, ni que lograra impedir que ninguno de los muchos participantes que deberían haber colaborado en una maniobra semejante terminara por irse de la lengua. Lo único que aducen los creyentes en esta teoría, ninguno

de los cuales llegó a conocer al emperador, es el supuesto parecido físico y el hecho de que ese Maximiliano resucitado es un hombre de planta noble, culto y refinado, habla idiomas y es experto en etiqueta. ¿En qué medida está usted convencido de haber visto anteanoche al mismísimo Maximiliano de Habsburgo?

—Se lo juro por mi vida y por mis hijos, señor.

—¿Llegó usted a ver en persona a Maximiliano? —preguntó Holmes—. Quiero decir, al auténtico emperador, antes de esa noche.

—Lo traté varias veces. En Veracruz, en Ciudad de México, en Oaxaca y en el mismo Querétaro. Era él, señor, no hay error posible.

—Cómo... ¿Cómo dice? —pregunté—. ¿Pero cómo puede ser? ¿Tan seguro está? ¿No puede atribuirse a una alucinación?

—No se le besa la mano a una alucinación, señor.

—¿Cómo pudo entrar en su casa? —preguntó Holmes.

—Mi criado siempre tiene abierta la puerta de servicio hasta la hora de irse a dormir.

—¿Qué le dijo ese supuesto emperador? ¿Era su voz?

—Le repito que era él, no hay duda. Habló en su español con fuerte acento. Me pidió que organizara una cena, en mi casa, para algunas de las personas que más hicieron aquí por su reinado. Él mismo me dio los nombres, pero me dijo que no les avisara de la sorpresa que van a encontrarse.

—¿Cuándo será esa cena?

—Mañana por la noche.

—Si tan seguro está de que se trata del verdadero Maximiliano, ¿por qué han venido a verme?

—Soy yo quien duda, señor Holmes —tomó la palabra Aubrey-Smith—. Si lo que dice el señor Atienza es cierto, la presencia del emperador en Gran Bretaña puede causar un serio incidente. Con México, por supuesto, pero también con el Imperio austrohúngaro, o incluso con Francia, por cuya intervención militar Maximiliano accedió al trono. No es el mejor momento para una crisis de tal magnitud, no cuando Alemania se muestra tan claramente hostil hacia nosotros. Antes de informar a mis superiores debo tener la certeza de que se trata del emperador.

—Nos hacemos cargo —intervine.

—Si le pedimos ayuda es porque tengo la esperanza de que usted consiga averiguar si es él o se trata de un impostor.

Holmes reflexionó en silencio unos segundos. Por fin, dijo:

—Señor Atienza. ¿Le importaría colocar dos cubiertos más en su mesa? Creo que, si tiene a bien invitarnos, mi querido colega y amigo, el doctor Watson, y yo asistiremos a esa cena.

II. La casa de Atienza en Belgravia no era muy grande ni muy lujosa, y el comedor era estrecho y largo. El gabinete se limitaba a un despacho angosto y mal iluminado, cuya única ventana daba a un jardín oscuro y descuidado. Atienza nos recibió nervioso, nos presentó a la concurrencia,

tal como habíamos acordado, bajo la falsa identidad de dos hombres de negocios de nombres ficticios que en el pasado habían mantenido relaciones comerciales con el Segundo Imperio francés y con el México de Maximiliano, y nos indicó nuestros asientos, de entre los más próximos a la presidencia de la mesa. El resto de invitados lo formaban, además de Aubrey-Smith, media docena de exiliados mexicanos, un conocido banquero, dos fabricantes y exportadores de armas y munición y un famoso armador y constructor de buques. Según las instrucciones del resucitado emperador, nuestro anfitrión nos animó a ocupar nuestro lugar poco antes de las diez en punto, momento en que Maximiliano tenía previsto hacer su gran entrada y, a buen seguro, provocar la conmoción de los comensales no advertidos. A tal fin, el criado había dejado abierta la puerta de servicio y la entrada al comedor desde el jardín, justo tras la silla alta que Atienza había dispuesto al extremo de la mesa.

No pude evitar compartir la agitación de Atienza a medida que se aproximaba la hora señalada. Me sudaban las manos, sentía un hormigueo de inquietud recorriéndome la espalda y las piernas, y apenas estaba atento a lo que se hablaba a mi alrededor; permanecía concentrado en el parsimonioso movimiento de las agujas del reloj o desviaba la mirada hacia la puerta acristalada del jardín, por la que de un momento a otro nos precipitaríamos a lo desconocido o, mejor dicho, lo desconocido irrumpiría sobre nosotros. Holmes, en cambio, se mostraba relajado, intervenía en las conversaciones y hasta su rostro circunspecto se distendía alguna que otra vez para ofrecer a su ocasional interlocutor una sonrisa amable mientras fabulaba con insospechada desenvoltura sobre rentables transacciones en ultramar o especulaba acerca de aranceles y derechos aduaneros. El ruido de voces redujo las campanadas de las diez a un lejano rumor, y las animadas charlas prosiguieron ajenas a la causa de nuestra presencia, como si se tratara de cualquier reunión social convocada bajo un pretexto banal. Transcurrida media hora sin que nadie se hubiera materializado tras los cristales del jardín ni hubiera rastro de emperador alguno, empecé a sentirme un completo tonto. Lo más probable era que alguien le hubiera gastado a Atienza una broma absurda, y que él, no comprendiendo, tomándose en serio lo que no podía ser otra cosa que la bufonada de algún chalado o de alguien con un particular sentido del humor, hubiera trasladado su preocupación y desasosiego a Aubrey-Smith que, desconocedor de la naturaleza de la farsa y novato en el oficio diplomático, reaccionó con excesivo celo profesional. En cualquier caso, ya que estábamos en semejante tesitura, resolví disfrutar del encuentro, del vino y de la cena, sin preocuparme de nada que no fuera representar concienzudamente mi papel para no descubrir a los asistentes la ingenuidad de Atienza ni despertar su vergüenza. Él, sin embargo, seguía intranquilo y silencioso, y sudaba copiosamente. Decidí desentenderme y trabar conversación con mi vecino de asiento, uno de los exiliados mexicanos, que ahora regentaba un restaurante en el Soho pero que en su día había luchado en Querétaro contra los juaristas.

Todo discurría en plácida calma hasta que algo más tarde de las once reparé en que Atienza y Aubrey-Smith, situados al otro lado de la mesa, hacia mi derecha, miraban embobados, como víctimas de un encantamiento, hacia la puerta del jardín. Fue curioso lo que sucedió a continuación: progresivamente se fueron apagando las voces del resto de invitados, que uno tras otro fijaban su

atención en nuestro anfitrión y en el diplomático, sin que nadie osara seguir la dirección de sus ojos y de su expresión avelada y glacial hasta que una voz a un tiempo cavernosa y muy delicada pronunció un “buenas noches” que rompió el silencio circundante como si proviniera del mismo infierno. Como cabía esperar, Holmes fue el único en reaccionar; había apartado su silla de la mesa y se encontraba medio incorporado, como a punto de culminar el movimiento de levantarse y dirigirse hacia la figura que entraba desde el jardín, pero petrificado justo en el instante en que el hombre rodeaba la silla alta y, ocupando la presidencia de la mesa, volvió a hablar para darnos la bienvenida y agradecer nuestra asistencia. Su mirada fría congeló el ambiente a pesar de la divertida sonrisa que la acompañaba entre el abundante mostacho. Su aspecto era prácticamente idéntico al de las fotografías que habíamos ojeado aquella tarde en Baker Street; la única diferencia eran las abundantes hebras blancas que salpicaban los cabellos y la barba del que, parecía no haber confusión posible, tenía que ser Maximiliano. Holmes volvió a sentarse muy despacio y se concentró en escrutar al recién llegado con su habitual pericia para extraer jugo a cada detalle y formular juicios deductivos inmediatos e irrefutables. Atienza se incorporó lentamente y, con dificultad, adoptó una postura firme y solemne, justo cuando nuestro visitante se percataba de que ante él había dos personas no previstas y su sonrisa mutaba en un gesto grave y afligido, para proclamar pomposo:

—¡Su Alteza Imperial Maximiliano, emperador de México!

Dos sonidos siguieron al profundo eco que esas palabras dejaron en todos nosotros. El primero, una sucesión de ahogadas exclamaciones de conmoción y admiración. El segundo, un súbito crujir de cristales, como si una copa hubiera estallado de improviso y sus fragmentos se hubieran proyectado contra la vajilla y diseminado sobre el suelo. De pronto, Maximiliano empalideció y se inclinó ligeramente, su rostro se volvió de cera, su mirada perdió su dureza y se tornó húmeda y suplicante, su cuerpo se estremeció en un espasmo y empezó a tambalearse hasta que sus manos se abrazaron el estómago y terminó por desplomarse de lado, arrastrando consigo la mantelería y la cristalería. Los murmullos dieron paso a los gritos y Holmes, que rápidamente había corrido a sostener al emperador, enseguida levantó la mirada y negó con la cabeza en callada confirmación de la muerte. La sucesión de sorpresas había bloqueado a casi todos los invitados en torno a la mesa: solo Holmes, arrodillado junto el cadáver, Atienza, horrorizado a su lado, sosteniéndose la cabeza entre las manos, y Aubrey-Smith, perplejo, con un revólver en la mano pero sin saber qué hacer o qué actitud tomar, habían logrado sacudirse la impresión inicial. En ese momento, Holmes salió disparado hacia el jardín, como en persecución de alguien, mientras Atienza y Aubrey-Smith colocaban el cadáver boca arriba y yo, que había despertado de mi asombro al ver a Holmes saliendo de la habitación, me inclinaba sobre el cuerpo para examinarlo y buscar algún postrero y débil resquicio de vida que diera esperanzas a una posible reanimación. No obstante, una creciente mancha de sangre se extendía ya sobre la alfombra, y el rostro del emperador volvía a ser el rictus inerte de las fotografías tomadas años atrás al presunto cadáver de Ciudad de México. No había nada que hacer, ninguna posibilidad. El emperador había sido asesinado. Otra vez.

Todo había transcurrido en apenas segundos pero, aunque hubiéramos reaccionado con celeridad y diligencia, nada habría podido salvarle la vida. Holmes retornó del jardín con una expresión de disgusto y amargura, y se reunió conmigo junto a la víctima. Le pregunté si había visto al asesino, si había encontrado alguna pista que le permitiera identificar y atrapar al culpable.

—No exactamente, mi querido Watson. Sin embargo, podemos dar por resueltos varios misterios de entre los muchos que nos rodeaban esta noche.

—¿Sabe quién ha hecho esto? —preguntó Aubrey-Smith, señalando el cristal roto de la puerta del jardín por el que había penetrado el proyectil que había segado la vida del emperador.

—Es posible —respondió Holmes—. Por el momento, puedo confirmar que este hombre no era Maximiliano de Habsburgo.

Ante el estupor de todos, se arrodilló junto al cadáver y arrancó de un tirón el bigote y la barba. Este gesto despertó murmullos de impresión y exclamaciones de horror.

—Lo que a su vez nos permite determinar la naturaleza de la indisposición que ha mantenido tantos días fuera de los escenarios al insigne Sinclair Hutchens —declaró Holmes—. Su enfermedad, me temo, va a ser definitiva.

En efecto, bajo los bigotes y barbas postizos del falso Maximiliano emergió el rostro del actor cuya interpretación de *Macbeth* no habíamos podido aplaudir en el Royal Victoria Hall unas noches antes. La sala se llenó de estupefacción y desconcierto, y no fueron pocos los que pretendieron marcharse antes siquiera de que Aubrey-Smith expresara la necesidad de no alterar el lugar de los hechos antes de la llegada de la policía. Holmes, que seguía a lo suyo, todavía me tenía reservada una última e impactante revelación.

—Y esto, Watson —añadió, girando levemente el cuerpo de Hutchens para dejar ver el estilete que había penetrado en la espalda, a la altura del corazón, hasta la empuñadura—, me obliga a reconsiderar notablemente mi hipótesis acerca del paradero y las actividades de la esposa del dueño de cierto circo que actualmente ofrece sus funciones en Rochester.

Su faz reflejaba concentración y una sonrisa sarcástica.

—¿Qué está pasando, Holmes? —pregunté.

Guardó silencio unos instantes, mientras examinaba la puerta del jardín, el cristal roto y la silla alta.

—Se tiene que ser extremadamente hábil, tener mucha suerte o ambas cosas a un tiempo para que un cuchillo tan ligero, lanzado a esa distancia y de noche, rompa un cristal y se clave tan profundamente en la espalda de un hombre robusto, la atravesase y llegue al corazón, salvando además el respaldo de una silla que cubre la mayor parte del objetivo.

—Hay que poseer una destreza, una precisión y una fuerza prácticamente sobrehumanas —apunté— ¡Parece imposible! ¿Quién es capaz de ejecutar algo así?

Holmes permaneció pensativo y en silencio un breve tiempo, pero la tensión de su cara se había relajado. Era evidente que ya no se preguntaba quién, sino tan solo por qué, y que tal vez aventuraba alguna explicación.

—Empieza el juego, querido Watson —anunció con voz queda—. Pero no se alarme, esta vez la partida va a ser corta.

III. Al regresar a nuestras habitaciones de Baker Street, una silueta femenina se recortaba ante la ventana de la sala a oscuras.

—Estoy seguro, amigo Watson, de que recuerda a nuestra formidable adversaria escocesa, la señorita Gabrielle Valladon —proclamó Holmes mientras prendía una cerilla y encendía la lámpara más próxima a la puerta. La habitación se iluminó y nos permitió distinguir la esbelta figura, los armoniosos rasgos y los dorados cabellos de aquella irreductible y hermosa mujer, tan letal por su belleza como por sus aptitudes. Nos observaba, en particular a Holmes, como si su visita se debiera a razones de cortesía, como si no tuviera que ver con la desgraciada acumulación de sucesos que acabábamos de contemplar. La dama saludó con una leve inclinación de cabeza y un sencillo ademán de la mano que sujetaba la pistola. Su bonita sonrisa parecía sincera, de esa clase de sinceridad que no puede ocultar su doblez, el hecho de que se origina en satisfacciones contradictorias y, por lo general, de lo más turbias.

—¿Qué le trae por aquí? —continuó Holmes—. No, no. Déjeme adivinar. No le preguntaré cómo pudo enamorar y casarse con un humilde empresario de circo porque las razones saltan a la vista. Además, resulta elemental que tras su deportación la mejor forma de regresar a Gran Bretaña era hacerlo bajo la falsa identidad de la inocente esposa de un ciudadano honorable y libre de toda sospecha. Tampoco conviene dudar de sus habilidades, que son múltiples y manifiestas —añadió, señalando la pistola—. Mi pregunta es, ¿cómo ha podido cambiar tan rápidamente sus lealtades? Hace unas semanas trabajaba para los alemanes, y hoy ha actuado contra ellos.

—Siempre el mismo Holmes —dijo Gabrielle Valladon con su voz de cristal—, siempre admirable. Muy sencillo. Los alemanes no se portaron demasiado bien conmigo tras mi necesaria marcha de Escocia. Además, los estadounidenses pagan mucho más, y también mucho mejor.

—Entiendo. Corrija me si me equivoco, mademoiselle Valladon —prosiguió Holmes—. Los alemanes, previendo el conflicto que se cierne sobre Europa, aprendieron la lección de Napoleón III, que aprovechó la Guerra de Secesión para invadir México y entronizar a Maximiliano, y se percataron de que la mejor forma de tener a los Estados Unidos alejados de los asuntos europeos es mantenerlos ocupados en su propia casa. Por eso, dado el parecido físico, convencieron a Sinclair Hutchens, por las buenas o por las malas, o probablemente por dinero, por mucho dinero, para que interpretara el papel de emperador. Esperaban así alimentar la leyenda de la supervivencia de Maximiliano, ganarse las simpatías de los austriacos, despertar al exilio mexicano y dar pie a un conflicto interno que viniera a complicar todavía más la situación al sur de Río Grande. Los Estados Unidos no tendrían más remedio que dedicar tiempo, esfuerzos, recursos y preocupaciones a las cuitas de sus vecinos, y dejar en segundo plano la observación de lo que vaya a pasar en Europa. ¿No es cierto?

—Siempre tan perspicaz. Puede continuar —repuso Gabrielle Valladon, sosteniendo con firmeza la pistola en su dirección.

—Muchas gracias. Alguien, tal vez alguien presente en esta habitación, informó de esta maniobra a los estadounidenses, probablemente a través de un apuesto empleado de su embajada, y de inmediato buscaron la forma de atajar la amenaza. Y qué mejor manera que emplearla a usted, que ya estaba al tanto de la cuestión y disponible para el alquiler de sus capacidades. Por un precio, siempre por un precio.

—Acierta de nuevo, señor Holmes. Es usted maravilloso.

—No continúe con sus cumplidos, señorita Valladon, o logrará sonrojarme —Holmes parecía verdaderamente ruborizado—. Así que la lanzadora de cuchillos y copropietaria del circo Guillaumet, la principal atracción de su nueva gira por el país, era en realidad una espía en misión especial para cuya ejecución debía desaparecer, probablemente para dedicarse a ensayar las particularmente dificultosas circunstancias en las que debía afrontar la empresa, lo mismo que Sinclair Hutchens tuvo que abandonar sus representaciones de *Macbeth* para que Luis Atienza, que sin duda trabaja para los alemanes, le aleccionara meticulosamente en su caracterización de un Maximiliano algo envejecido. Lo de la aparición fantasmal en el gabinete de su casa, su atribulada confesión a Aubrey-Smith y la organización de la cena para los simpatizantes de una posible restauración monárquica en México eran burdas invenciones con las cuales lograr que Sherlock Holmes y el doctor John Watson ejercieran de notarios oficiales de la reaparición de Maximiliano en Londres.

—Es usted increíble.

—Se lo ruego, señorita, por favor. De modo que ahora se encuentra aquí, en nuestras dependencias, dispuesta a atar los dos últimos cabos de la trama para que nada quede suelto, a eliminar a las únicas personas que podrían conocer y desvelar su secreto. Los Estados Unidos se libran de la amenaza que ese emperador resucitado supondría para la estabilidad de su frontera del sur y usted accede a un exilio dorado. ¿Florida? ¿California? ¿Tal vez en los nuevos territorios de Hawai?

—No lo he pensado todavía. Por el momento, creo que el mejor lugar para mí es Nueva York. Viven su propio Londres en miniatura, y empiezan a construir esos altísimos edificios que parecen torres que se pierden en el cielo.

—¿Pero por qué no desenmascarar, sin más, al falso emperador en lugar de matarlo? —pregunté.

—No procedía una guerra de propaganda, mi querido Watson. Además de que los alemanes son los mejores en ese campo, bastaría el rumor de la presencia de Maximiliano en Europa y las noticias y las fotografías de los periódicos para exaltar los ánimos en México y disparar los acontecimientos. ¿Me equivoco?

—Acierta otra vez, señor Holmes. Lástima que nadie vaya a saberlo —dijo mademoiselle Valladon, apuntando con firmeza a Holmes.

—Bueno, no esté usted tan segura. Antes de salir de casa de Atienza me comuniqué con mi hermano Mycroft, que ya conoce, y con el inspector Lestrade de Scotland Yard. Si no me he despistado —Holmes consultó su reloj de bolsillo con gesto distraído— la hemos entretenido lo suficiente para darles tiempo a llegar al umbral de nuestros humildes aposentos.

La sonrisa de suficiencia de la mujer desapareció de repente, unos segundos, antes de recobrarla y dotarla de un matiz amargo.

—¿No me cree? —preguntó Holmes—. Bueno, allá usted. Contemplando la posibilidad de que nuestra entrevista se desarrollara por estos derroteros, previne a Lestrade de que se hiciera acompañar por tiradores armados que debían apostarse en la escalera y en el edificio de enfrente. Yo que usted me apartaría de la ventana.

—Miente, señor Holmes. Solo es otro de sus agudos trucos de trilerio detectivesco.

—Tal vez. ¿Apostaría usted la vida en ello, querida señorita Valladon?

La mujer vaciló unos instantes, pero retomó la pistola con fuerza y determinación.

—Estoy dispuesta a apostar la suya.

Holmes se dejó caer en el sofá con aire abatido y se tapó la cara con el sombrero.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Gabrielle Valladon.

Holmes se tomó su tiempo en contestar.

—Me aburre este caso. Ya está resuelto. No me interesa el desenlace. Si persiste en su empeño va a acabar con varios agujeros suplementarios en el cuerpo. Si se rinde, dentro de nada aparecerán Lestrade y mi hermano Mycroft por esa puerta para llevársela. Y siento de veras decirle que esta vez no va a bastar con un cachete, una reprimenda y la deportación. Ninguna de las dos conclusiones me agrada. Haga lo que quiera con nosotros, pero eso no va a variar el final que le espera.

El rostro de Gabrielle Valladon se tornó blanco y su mandíbula empezó a temblar. La mano que sostenía el arma se encogió. Al momento, se escucharon unos golpes en la puerta. No hubo respuesta, pero la puerta se abrió y dos policías de uniforme entraron en la habitación, se acercaron a la mujer, que apuntaba al suelo con la pistola, la desarmaron y la acompañaron a la escalera.

Holmes no se inmutó. No hizo nada por mirarla. Nunca volvió a mencionarla. Quiero pensar que quiso resguardarla así en su memoria, de pie ante la ventana. Encantadora. Hermosa. Letal. Viva.